

Riesgos regresivos y la necesidad de una mayor participación ciudadana

BERNARDO BARRANCO V.*

La transición democrática del país es lenta y azarosa, debe contar con la activa participación ciudadana porque está amenazada por evidentes signos de regresión y por preocupantes manifestaciones de autismo de una clase política que parece desentenderse de las grandes exigencias sociales y de la responsabilidad que tiene.

El contorno de nuestra transición de por sí está acechado por factores como el narcotráfico, la violencia, la inseguridad, la crisis económica, el desempleo, el descrédito social de los actores políticos, la guerra sucia y la indolencia. Una absurda paradoja es que los actores políticos reformen las reglas electorales para después burlar lo que ellos mismos han pactado.

Por ejemplo, mediante reformas en 2007 acotaron la compra de espacios en radio y televisión durante los procesos electorales para otorgar mayor equidad a todos los contendientes, y actualmente existe un mercado negro incontrolable. No sólo la inequidad persiste sino que ahora el poder de los grandes medios de comunicación es mayor. Sin embargo, con todo, la transición está desafiada por un hecho contrastante: la democracia en este país no ha alcanzado los bolsillos ni la calidad de vida del ciudadano. Todos éstos son factores inhibidores de una transición constreñida y titubeante.

El alto nivel de abstención y el fantasma del voto nulo muestran el desencanto ciudadano y son una llamada de atención para todos los actores que intervienen en los procesos electorales. Las elecciones de Guatemala pueden ser un espejo, el retorno de la cultura militar al poder es sin duda una señal preocupante. Como muchos mexicanos, comparto el temor de que en el orden político nacional nuestra democracia, al mantenerse principalmente formal, no ha logrado consolidarse plenamente y mantiene latente la tentación de la regresión autoritaria aun por la vía electoral.

La crisis del Instituto Federal Electoral (IFE) en 2006 y la no asignación de tres consejeros por falta de acuerdos entre las bancadas partidarias son un claro ejemplo de la debilidad estructural del andamiaje electoral que prima en el país. Los órganos electorales se han venido deconstruyendo; su autonomía e imparcialidad corren riesgos mayores en

* Periodista y consejero local del Instituto Federal Electoral (IFE) en el Estado de México.

La transición está desafiada por un hecho contrastante: la democracia en este país no ha alcanzado los bolsillos ni la calidad de vida del ciudadano. Todos éstos son factores inhibidores de una transición constreñida y titubeante.

detrimento no sólo de la credibilidad ciudadana, sino que ponen en tela de juicio los propios procesos comiciales.

Especialmente los institutos electorales estatales en muchas entidades del país se han convertido en un territorio colonizado por los poderes locales centrados en los gobernadores, nuevos virreyes poderosos. Esta evidente condición determina una marcada pérdida de autoridad moral de los institutos y genera una fuente de constantes descalificaciones, no sólo de los partidos de oposición sino de la opinión pública. Junto a los órganos electorales, están también los tribunales, los institutos autónomos de derechos humanos y de transparencia.

La falta de un espíritu republicano en el Poder Legislativo, el autoritarismo prevalente en los partidos, así como la confrontación casi antagónica al interior de algunos partidos como el Partido de la Revolución Democrática (PRD) probablemente tendrán costos electorales. Existe la crisis ética de la política, cara a la ciudadanía, en los actores políticos y la sensación de una democracia fracasada. Sin duda, la elección de 2012 podrá ser una prueba de fuego. El país se coloca en una franja de peligro. En la ciudadanía hay malestar y desencanto. La gestión de los conflictos a través de la democracia no puede ser entendida como la negación,

descalificación o eliminación de los mismos. Más bien, la democracia debe permitir la manifestación y expresión real de diversos intereses políticos y sociales en juego, dejando a todos los jugadores y actores la oportunidad de encontrar una voz de expresión. La apertura del sistema político es una cuestión importante en el contexto de la consolidación de la democracia en México.

Los ciudadanos somos responsables de todo esto. No podemos eximir una responsabilidad delegándola a una clase política rebasada y regocijada con sus intereses y privilegios. El hecho de que organizaciones de la sociedad civil hayan exigido al Congreso una reforma política no debe verse como una afrenta sino como un acto cívico, por cierto muy normal y cotidiano en democracias maduras. Criticar a los poderes es una tarea ciudadana de primer orden; aquí radica su fuerza y ventaja moral porque su papel no es mantener ni conquistar el poder, sino ser contrapeso crítico y abrir temas de la agenda política desde una perspectiva ciudadana.

El libro de reciente aparición de María Fernanda Somuano, *Sociedad civil organizada y democracia en México*, sostiene que la existencia de dichas organizaciones se desarrolla con fuerza a partir del sismo de 1985, y que éstas vienen a inaugurar formas de intervención social alternas al viejo corporativismo estatal, incluido el sindicalismo. Su presencia no es una panacea, pues reconoce a su interior formas autoritarias que reflejan la realidad social, y que la pura existencia de estas redes de organizaciones civiles no genera por sí sola condiciones para una mayor democracia. Pero sin duda su aparición ha contribuido a la pluralización de los actores políticos y a la renovación de las elites. Además, éstas han alcanzado a ampliar la agenda del debate público, obligando la inclusión de temas como la ciudadanización de órganos autónomos, la observación electoral,



Ilustración: Anahí G. Alba Navarrete/CDHDF.

la perspectiva de género y ahora, con insistencia, la defensa de los derechos humanos –en especial de las personas migrantes– y las políticas de seguridad.

Ante la *chatarrización* de la democracia, los ciudadanos tienen la obligación de jugar un papel más protagónico. Max Weber, sociólogo alemán, en 1926 planteaba con insistencia que la política no puede estar distanciada de la ética; más bien, él

acentuaba la noción de la política como una vocación social que debe estar acompañada por la convicción ética del servicio y por la responsabilidad social. En ese sentido, es esperanzador mirar a los jóvenes con novedosas iniciativas de intervención en la sociedad mediante la utilización de nuevas tecnologías, lo que augura renovadas energías de participación ciudadana.

Criticar a los poderes es una tarea ciudadana de primer orden; aquí radica su fuerza y ventaja moral porque su papel no es mantener ni conquistar el poder, sino ser contrapeso crítico y abrir temas de la agenda política desde una perspectiva ciudadana.